



SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50 ptas.
	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
	6 meses	5'50

DIRECCION:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS
Reservado todo derecho de reproducción ó traducción

El pago de las subscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



— ¿Á que se rien ustedes como yo, apenas hayan visto los dibujos del periódico?



Un inventor precoz.

LILI. — ¿Por qué coges un tarro de confitura del fondo y no del borde?

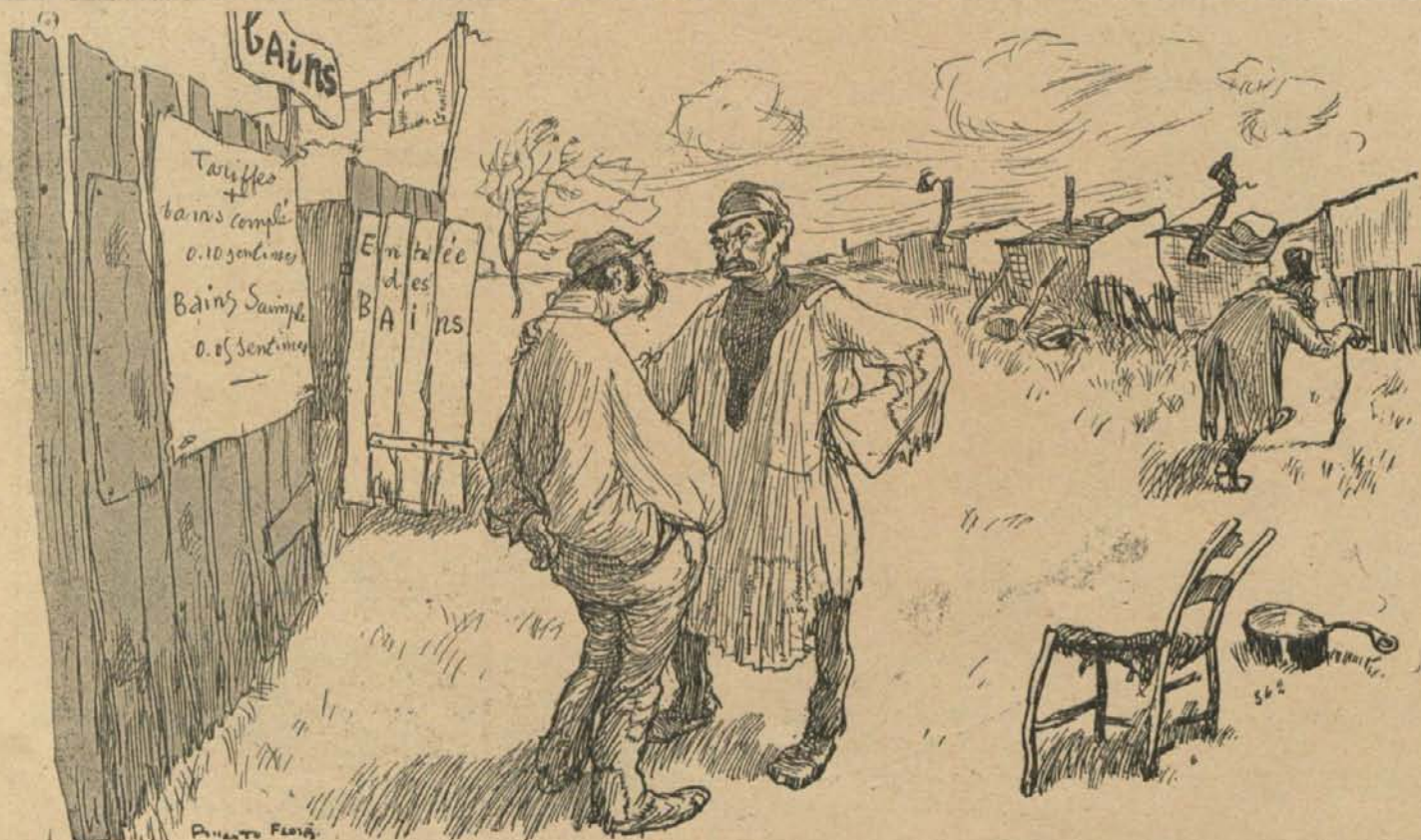
TOTO. — Es una invención mía. Empiezo por tomar los del fondo, reemplazándolos por tarros vacíos, y dejo intactos los del borde. Cuando mamá lo advierta, recibiré de seguro una buena zurra, pero una sola por todos... Mientras que antes, cuando neciamente los tomaba del borde, recibía una zurra por cada tarro que faltaba.



Demasiado exigente.

EL SEÑOR PRÓDIGO. — Mi tío Lesac tiene pocos días de vida... Ya sabes que nos deja toda su fortuna. Es todo un buen sujeto; ¿no piensas como yo?

LA SEÑORA. — Sí, sí..., pero si fuese amable como es debido, esperaría a morir después del baile de la Prefectura.



— Es muy bonita tu casa de Baños, pero no habiendo en este país agua, ¿cómo te las arreglas para llenar las pilas?
— Ya estaban llenas cuando compré el establecimiento.



— ¡Hola! ¡hola! ¿está usted contemplando el cuadro del amigo Cóngriez?... ¿Qué le parece?

— ¡Hombre, pues creí que era de usted!... ¡Qué me ha de parecer! Muy malo.



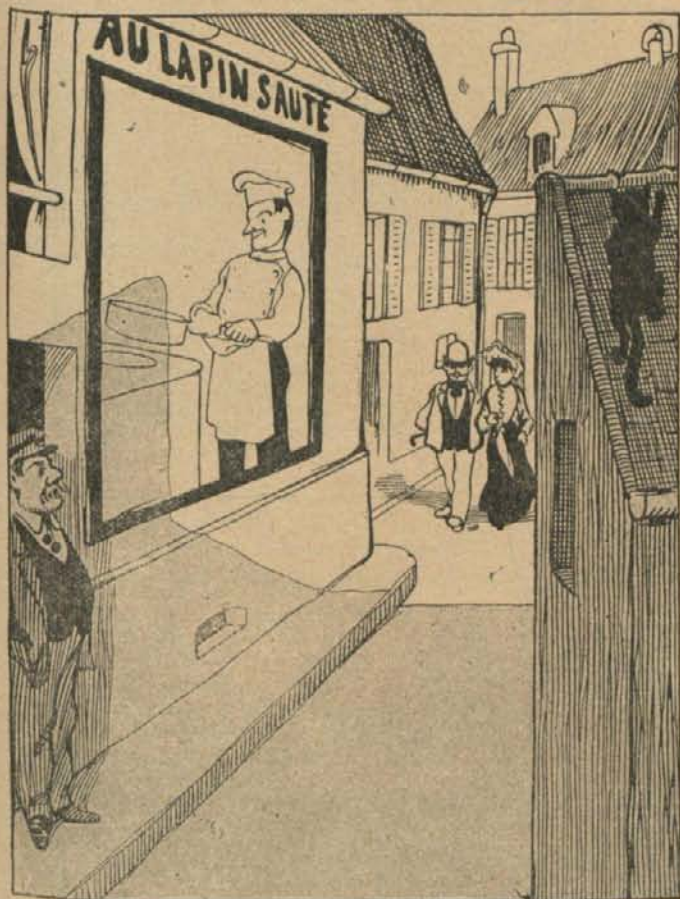
Reservistas.

— Te has olvidado de cerrar la caja.

— Usted dispense, sargento; mi mujer se ha quedado en la tienda, cuidando de los negocios.

— ¡Qué tienda, ni qué diablos! Hablo de tu fusil.

Desconfiad de las sombras proyectadas.

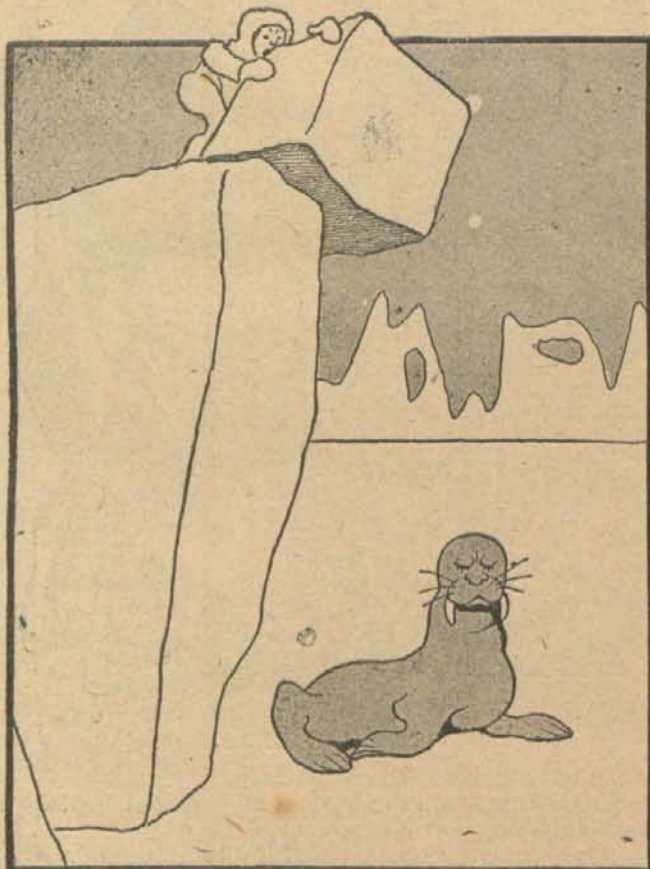


EL BODEGONERO. — El nuevo letrero está muy bien, y no puede menos que atraerme parroquia. Veamos la impresión que les produce á esos dos ranseuntes.

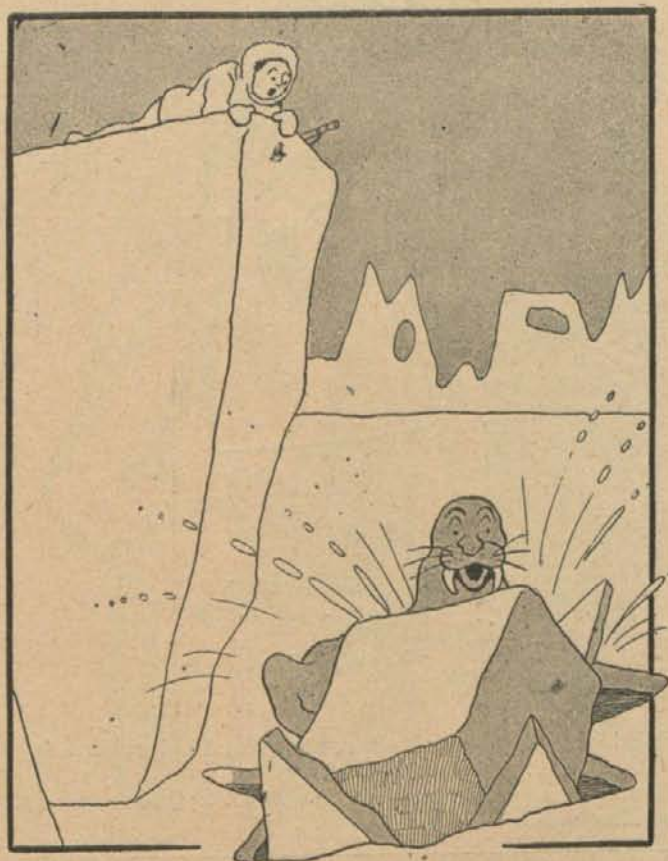


— Es curioso; la impresión no parece muy favorable.

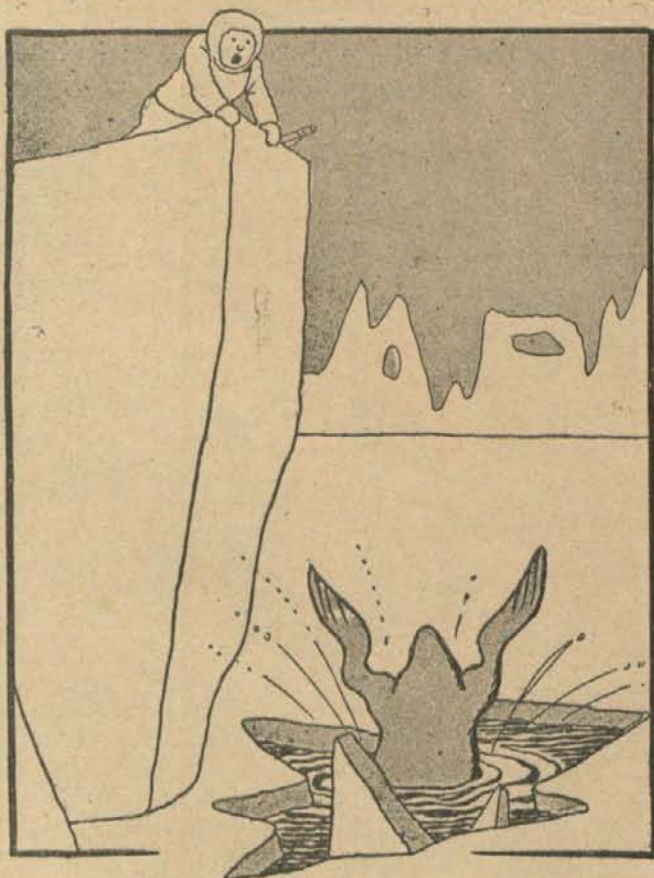
La caza de la foca.



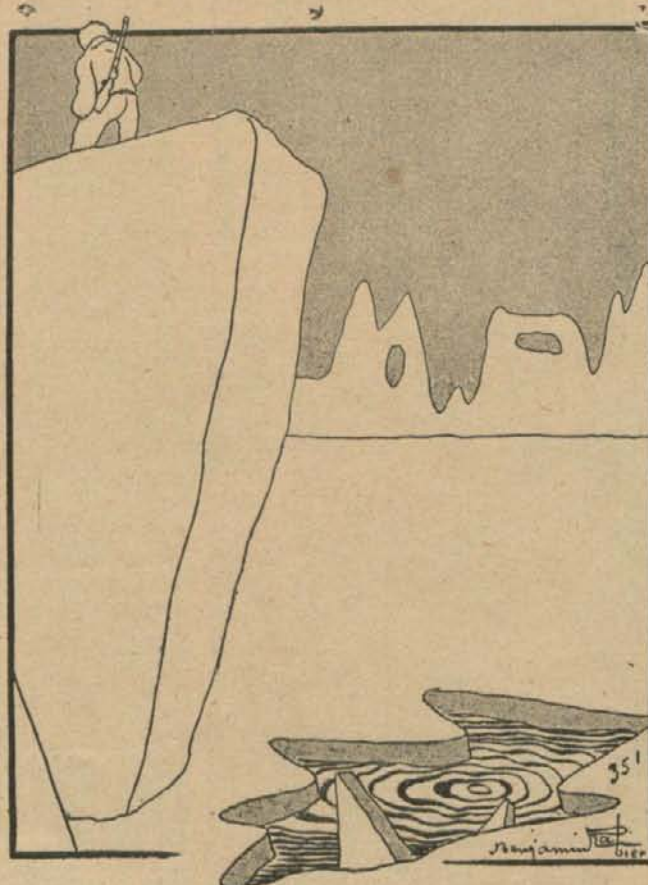
— Con este enorme trozo de hielo, tengo seguridad de matar á esa foca...



— ¡Qué torpe soy! Puesto que llevo la carabina...



— ¡Pero es el caso que yo mismo acabo de abrirle una puerta de escape!



— ¡Cómo se quedará riendo de mí la foca!



- Bautista, ¡esta mañana no has cepillado mi levita!
- Sí, señor conde.
- Lo digo, porque dejé en el bolsillo una moneda de dos pesetas, y la he encontrado.
- Eso probará al señor conde que soy honrado... por lo demás, la moneda es falsa.

A mi enemigo libre Dios de pleitos, y á mí de él y de ellos.

En la calle de Sevilla:

— No pasan días por V. Siempre joven, siempre alegre... La vida de familia le prueba á V. divinamente.

— ¿Quiere V. la receta?

— Sí, señor; dómela V...

— La mujer, lejos; los chicos, en el colegio; la suegra, á todos los diablos.... Ahí tiene V. la felicidad conyugal.

Nos quejamos de la coquetería de las mujeres, cuando quizás amamos solamente su coquetería.—A. d'Houdetot.

La mujer no tiene carácter hasta que se casa; antes suele tener el que su novio quiere, ó él que á su madre le conviene.

M. de Palacio.

Entre amigas:

— ¿No es verdad que Ruperta tenía el año pasado el pelo rubio?

— Sí, es cierto.

— Pues entonces, ¿cómo es que ahora lo tiene negro?

— ¿No te acuerdas, hija mía, de que lleva luto por su marido?

Alcalde de aldea, el que lo desee, ése lo sea.

Diálogo conyugal;

— Hoy es mi cumpleaños — dice la esposa — y no te has acordado de regalarme ni una flor.

— Pues en eso estriba mi delicadeza. No he querido recordarte que tienes un año más.

Las mujeres acarician la moda, porque les da cada mes una nueva juventud.

Mme. de Puisieux.

Ninguno que beba vino, llame borracho á su vecino.

Al que más abre su bolsillo, más se le muestra cariño.

Por una palabra, ó singular tenacidad de un inglés.



— Llévate eso, no quiero más, hay demasiado... demasiado...
— ¿Gordo? — preguntó el camarero que servía.
— No, gordo no; hay demasiado...
— ¿Hueso?
— No, hueso no; — dijo Mr. Macfarlane — hay demasiado ..



Y como no acertara con la palabra y por otra parte no llevaba consigo el diccionario, Mr. Macfarlane pagó y salió del restaurán, preocupado, distraído.



Tan preocupado y distraído que no advirtió que era ya noche oscura y, sin notarlo, llegó á franquear las fortificaciones.

E iba repitiendo: demasiado...; veamos, demasiado...



En esto, vióse interrumpido por la aparición de algunos simpáticos Apaches que, sin ceremonia, le pidieron la bolsa. —Y habrá que despabilarse — le dijo uno, — si milord tiene cariño á su piel.



Otro que no fuese Mr. Macfarlane hubiera obedecido sólo á regañadientes; pero nuestro héroe sacó sonriendo su portamonedas y poniéndolo en manos de los atracadores, les dijo:
—Para que bebáis un whisky á mi salud.



Y de un tirón, porque era ya muy tarde, se lanzó en dirección del restaurán. Á punto ya el camarero de cerrar..., Mr. Macfarlane corrió hacia él y le gritó, con voz estentórea:

— ¡¡Quería decir que había demasiado pellejo!!

El criado de cierto amigo mío, entregó á éste no hace muchos días una peseta que había encontrado barriendo en el despacho. —Guárdatela — le dijo mi amigo — en premio de tu honradez.

Y como ayer perdiera mi amigo una sortija de oro, después de buscarla inútilmente por toda la casa, preguntó al criado si la había visto.

—Sí, señorito, —respondió el criado; —pero me había quedado con ella, en premio de mi honradez.

Marido y mujer llegan por la noche en un tren retrasado y se dirigen á una fonda.

Vienen muertos de hambre y piden de cenar.

—Poca cosa podemos servir á ustedes — les dice el camarero. — En toda la casa no hay más que una ración de pollo.

—¿Una sola ración! — exclama el esposo, mirando cariñosamente á su costilla. —Entonces, ¿qué va á comer mi pobre mujercita?

Acaba de sentarse la familia á la mesa, cuando llega un amigo:

—¡Hola, querido Miguel!... ¿Ha comido usted?

—Sí, señora.

—¿Qué lástima!... Yo que creí tener el gusto de que se sentara usted á nuestra mesa...

(Ocho días después, la misma decoración.)

—¿Ha comido usted, querido Miguel?

—No, señora.

—¡Caramba! ¿Qué tarde come usted! Tenga usted cuidado con el estómago.

De ruín gesto, nunca buen hecho.

A un tunante de esta corte
Hizo un sastre una levita,
Y con bondad infinita
Le pidió luego su importe.

—¿A mi bolsillo tal plaga! —
Contestó aquél muy erguido; —
¿Usted acaso no ha oído
Que el que la hace, la paga?»

— ¡Chico, qué gordo y qué colorado te has puesto d-sde que no te he visto!
— ¡Ya lo creo! Figúrate que en un mes he perdido á mi suegra y á mi mujer.

En el taller de un escultor:

—¡Caramba! ¡qué mujer tan hermosa!
—Es perfecta.
—No le falta sino hablar.
—Pues por eso es perfecta.

Hay muchas mujeres que se creen enfermas, porque á los sesenta años han perdido la frescura de su tez.

Un joven había asesinado á su padre y á su madre, con la mayor ferocidad y las más agravantes circunstancias. Irremisiblemente iba á ser condenado (y en efecto lo fué) á la pena de muerte, cuando el presidente del tribunal siguiendo la costumbre establecida le preguntó si tenía algo que alegar en su defensa.

—No, señor presidente — contestó el reo; — ¡sino que abrigo la esperanza de que el tribunal tendrá compasión de este pobre huérfano!

Dos amigos, de la misma edad, se encuentran, en la calle, al cabo de muchos años de no haberse visto.

—Estamos muy bien conservados; nos defendemos como héroes.

—Sí, pero tenemos diez años más que cuando nos vimos por última vez.

—Tú sobre todo.

Gedeón, que tiene á su suegra muy mala, le pide consejos á un amigo sobre lo que debe hacer.

—¿Qué te parece, debo buscar un médico alópata ú homeópata?

—¡Psch! lo mismo da uno que otro; los primeros matan á los enfermos, y los otros les dejan que se mueran.

—Entonces, llamaré á un alópata; así sufrirá menos la pobre.

—Casóse Lesbía y ganó
Con sólo haberse casado.

—¿Tú presumes que ha ganado?
Pues, al contrario, perdió.

—¿Cómo dices que ha perdido,
En sentencia terminante?

—Porque se acaba el amante
En donde empieza el marido.

Plácido.

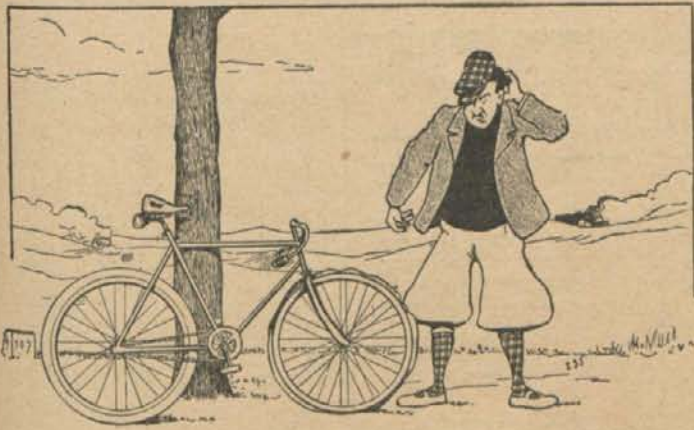
Nada más difícil para una mujer que acostumbrarse á no ser ya bella, cuando lo ha sido mucho. — Rochebrune.

—¿Adónde vas este verano?

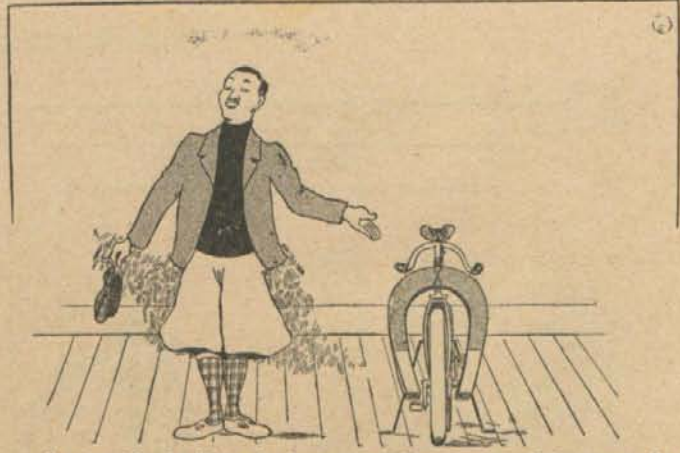
—A Biarritz.

—¿Cuánto tiempo calculas estar por allí?

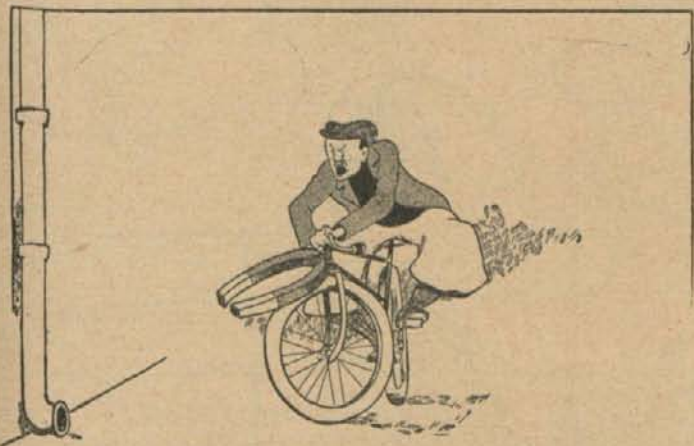
—Dos mil pesetas.



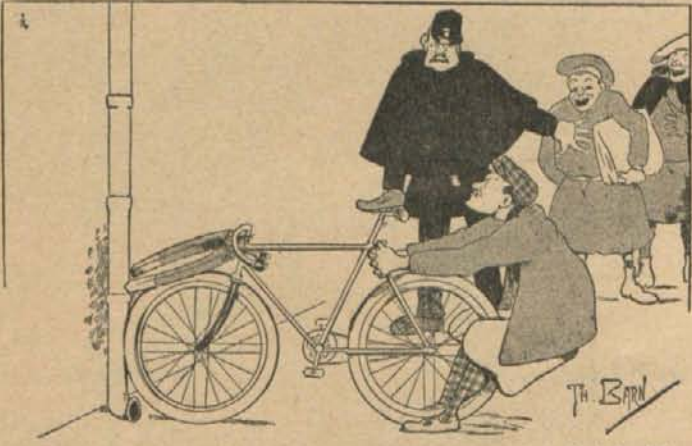
Harto de ver á cada momento agujereado su neumático por los clavos de las carreteras, mi amigo Juan Tambois...



... ha tenido la idea de hacer soldar en la delantera de su bicicleta un enorme imán, que atraerá á él todos esos malditos clavos, desembarazando de ellos el camino, precisamente á su paso. ¿Verdad, que es ingenioso?



Pero, apenas Juan Tambois monta en su bicicleta, que siente desviarse el manillar, á pesar de todos los esfuerzos que hace para mantenerlo en buena dirección.



El imán, obedeciendo á su natural impulso, había ido á adherirse á una cañería de hierro fundido, arrastrando consigo la bicicleta, y fueron menester varios caballos para desprenderlo. Juan Tambois no había previsto eso.

Perdió el burro un labrador,
Y transcurrido algún tiempo
Le pareció á un hijo suyo
Verlo en un campo pacienco.
Dando muestras de alegría,
Exclamaba el rapazuelo:
—¡Voy á decirle á mi padre
Que es un burro como el nuestro!

En un restaurán:
—Camarero, no puedo comer esta sopa.
El camarero se la lleva á la cocina y sirve otra al parroquiano.
—Camarero—repite éste—no puedo comer esta sopa.
El camarero, que empieza á impacientarse, le trae otra.
—Camarero, no puedo comer esta sopa.
—Pero, señor, si se la he cambiado á usted dos veces.
—Aunque me la cambiara usted dos mil.
No la puedo comer, porque no tengo cuchara.

Gedeón, después de haber insultado á un amigo suyo, comprende su error y lleno de arrepentimiento, le dice al ofendido:
—Dispénsame, Ricardo, la crudeza de mis palabras. Pero ¿qué quieres? Cuando oigo necesidades como las tuyas y me convengo de lo estúpido que eres, no me puedo contener.

En la *toilette* de una mujer, demasiada magnificencia es un defecto. La riqueza oscurece la belleza. —Dupaty.

En Suiza.
Al llegar á cierto paraje, el cochero vuelve la cara y dice á los viajeros:
—Desde este punto, el camino no es practicable más que para las mulas. Por consiguiente, suplico á ustedes que abandonen el carruaje y continúen la marcha á pie.

Un pleito entabló Ramón
Contra un señor de Sevilla
Muy rico; y ¡oh maravilla!
Ganó teniendo razón.

Una coqueta no tiene corazón, sólo tiene vanidad. Lo que necesita son adoradores, no amantes. —Dufloy.

Cuestión de tiempo:
—¿Cómo es eso, doctor? Me dijo usted la semana pasada que el enfermo moriría fatalmente y, sin embargo, está bueno y sano.
—Dispense usted, amigo mío. Yo dije que moriría, pero no dije cuándo. Espere usted y verá cómo más tarde ó más temprano me salgo con la mía.

Un pintor muy afamado
Hizo el retrato de Julia
Que sorprendió á la tertulia
Por estar muy bien pintado.
Mas repuso, muy formal,
Un chusco de buen humor:
—Yo creo que está mejor
Pintado el original.

—Portera, si viene don Sebastián á preguntar por mí, dígame usted que he salido.
—Está bien, señuritu; y si no viene, ¿qué le digo?

—Vamos á ver, doctor, ¿se muere ó no mi tío?
—Ni por pienso; lo que es por ahora tiene una salud refractaria á toda clase de medicinas.

—Con una sencilla recomendación de Martínez conseguía el destino que pretendo. Bien podías empeñarte con él.
—Ya lo estoy. Ayer me prestó cuarenta duros.

En un juicio oral.
Declaración de un inglés citado como testigo.
—Usted, según tengo entendido — dice el presidente, — presencié el crimen.
—Sí, señor.
—¿Y qué hizo usted mientras lo veía?
—Un cigarrillo.

—Entre nosotros hay una diferencia muy grande; tú trabajas por el dinero, yo trabajo por el honor.
—Es verdad, cada uno busca lo que necesita.

La mujer es un ángel caído; pero siempre está más cerca del cielo que nosotros.
Mazzini.



En la Asistencia pública.

- Señor, vengo á pedir un socorro. Mi marido está en cama, por una herida supurante; yo misma tengo abscesos en el cuerpo, y...
- Basta... vuelva usted más tarde; me está usted cortando el apetito con el relato de esas suciedades.

Mi primera prueba fotográfica.



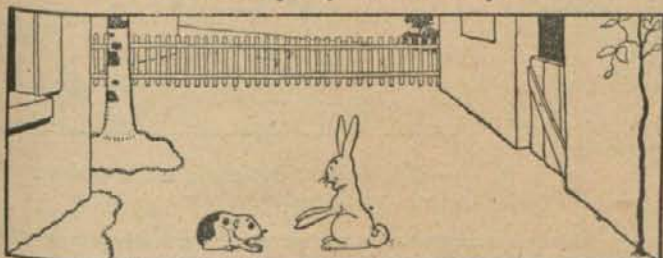
— Precisamente iba á fotografiar ese monumento y buscaba á alguien, para tener un primer término.

— Si puedo serle útil... estoy á su disposición.

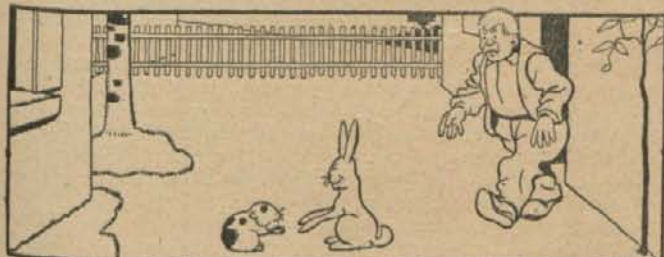
— ¡Una, dos, tres!... ¡quieto! Será soberbio; le enviaré una prueba.

— Como ésta.

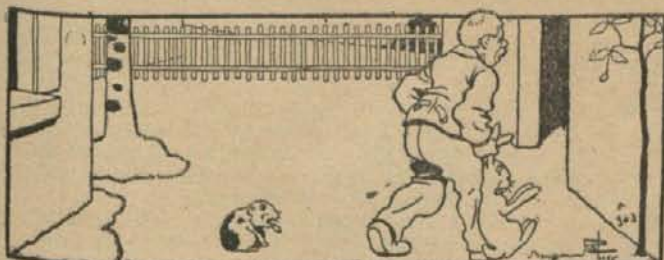
El conejo y el cobayo.



— ¡Qué feo eres, amigo cobayo, con esas orejitas!; mira qué largas y hermosas son las mías...



— Al menor ruido las enderezo; y entonces soy majestuoso, más grande y...



EL COBAYO. — ... te cogen.



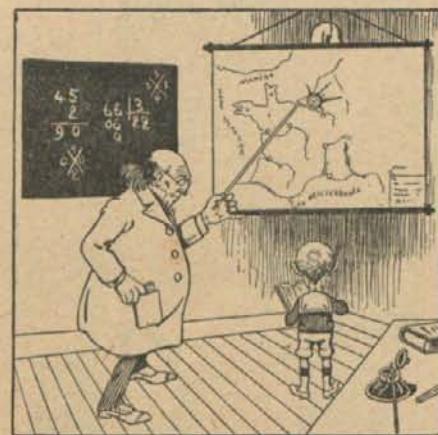
MATURINA. — ¡Qué desgracia! ¿qué capricho le ha pasado por la cabeza?

EL DOCTOR. — Tres postas.

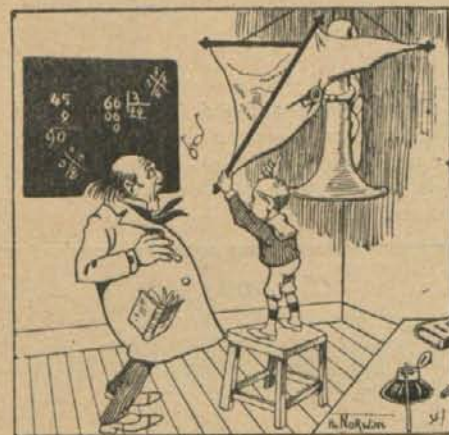


La langosta
(Historieta)

La instrucción de Pepito.



— ¡Mira bien, Pepito, al extremo de mi bastón...; ahí está la embocadura del Sena!



— No, señor; eso es la embocadura de la música de papá.



— ¿Qué le ha ocurrido, querida suegra?
— ¿No lo habéis visto? ¡si tardo un segundo más en pasar, me aplasta ese tren!
— Es lo que yo digo; en esta maldita línea, los trenes retrasan siempre.

Llegó un capitán con su compañía á un pueblo, y luego que se hubo alojado, pidió que le trajesen el mejor barbero que en él hubiera para que le afeitase. A poco se presentó un joven, que parecía muy listo, y mirándole el capitán de hito en hito, le dijo, retorciéndose el bigote:

— ¿Conque usted, por lo visto, es el barbero de más habilidad del pueblo?

El interpelado contestó inclinándose respetuosamente y el capitán continuó:

— Pues bien; tenga usted cuidado, al afeitarme, con no hacerme ni el más pequeño rasguño; pues, á la primera gota de sangre, las dos balas que contienen esas dos pistolas que ve usted sobre la mesa, se las alojo en el cuerpo.

El pobre joven, turbado al oír tan insólita exigencia, quiso vencer á su interlocutor de que á veces, sin culpa ni descuido alguno del barbero, solía hacerse alguna sangre; mas el feroz capitán le interrumpió diciendo:—Nada, no admito disculpas; lo dicho, dicho; si acomoda, bien; y si no, se marcha usted y que venga otro.

Hízolo así el rapista, no queriendo arriesgarse tanto; y enseguida llamaron otro en su lugar, que era un viejo, ya con el pulso algo temblón, al cual el capitán dijo lo mismo que al anterior; mas éste, en vez de acobardarse, aceptó desde luego con resolución la propuesta y se puso á afeitarse, tarea que llevó á cabo con felicidad y sin accidente alguno.

Al pagarle su trabajo el capitán, le dijo:

— Maestro; me admira la serenidad con que ha admitido usted mi propuesta, hallándose en tal edad, y con el pulso nada firme, cuando un joven que vino antes que usted no se atrevió á afeitarme; ¿no ha temblado usted al recordar que su vida pendía del más pequeño rasguño?

— No señor — le contestó con gran calma el viejo barbero; — porque, mire usted, yo desde luego me eché esta cuenta: apenas le vea asomar la más ligera gota de sangre, antes que él lo advierta y sin darle tiempo para tomar las pistolas, le tiro un tajo con la navaja, y le degüello; por consiguiente...

— ¿Y hubiera usted sido capaz de cometer tal atrocidad? — exclamó el capitán horrorizado.

— Con la misma serenidad — le contestó el vejete — que usted hubiera disparado sus pistolas.

En casa de cierto marqués muy avaro se estaba haciendo una cuestación.

Al dirigirse á él el colector de las limosnas, el hombre echó una moneda en la bandeja y se fué de la sala.

Volvió á entrar á poco rato, y el colector distraído, volvió á pedirle.

— ¡Ya he dado! — dijo el marqués con enojo.

— Lo creo — repuso el otro; — pero no lo había visto.

— Pues yo lo he visto y no lo creo — murmuró uno de los concurrentes.

—oo—

Gedeón no es feliz en su hogar.

Días atrás su mujer le perseguía con una escoba en la mano.

El infeliz marido se metió debajo de la cama.

— ¿Quieres salir de ahí, condenado? — vociferaba la esposa.

— No, — contesta Gedeón en tono resuelto.

— Porque quiero hacerte comprender que soy yo quien manda en casa.

—oo—

Las mujeres son parecidas á la parra; no sabrían tenerse en pie y subsistir por sí mismas. Necesitan de un apoyo, aun más para su espíritu, que para su cuerpo. Pero á menudo arrastran consigo este apoyo y lo derriban. — Nicole.

—oo—

Enterró á su suegra Olmedo,

Que era una mujer madura

Y con un genio y figura

Que daban un susto al miedo.

Y al sepulturero Andrape

dijo, con voz sofocada:

— Ponga la losa pesada

A fin de que no se escape.

E. Franco.

—oo—

En un restaurán:

— ¡Mozol! ¿Cuánto cuesta una ración de solomillo con patatas?

— Cinco reales.

— ¿Y sin ellas?

— Lo mismo.

— Entonces las patatas son gratis.

— Sí señor.

— Pues tráeme un plato de patatas.

—oo—

En la clase de Historia natural.

El profesor nota que nadie le escucha.

— Vamos, señores — dice — procuren ustedes prestarme un poco de atención. Estoy explicando las particularidades del mono.

Bastará con que me miren.

—oo—

En un establecimiento de baños:

— ¿Y V. cree en la virtud de estas aguas?

— Mucho. A mi suegra le desarrollaron el

apetito de tal manera, que murió de indigestión.

—oo—

— Me alegro de encontrarte, porque tengo

que pedirte dos favores.

— ¿Cuáles?

— Que me prestes diez duros y que no se

lo digas á nadie.

— ¡Hombré! los dos favores á la vez no

puedo hacértelos; pero uno sí. — No se lo

diré á nadie.

—oo—

— Pedro, dime la verdad:

¿Por qué, siendo tu mujer

Más mala que Lucifer,

La llamas cara mitad?

— Tan fácil es la respuesta,

Que cualquiera la encontrara;

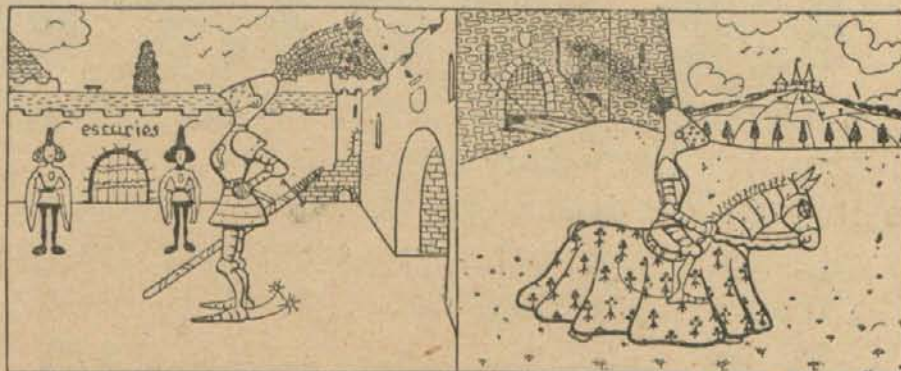
No es cariño decir cara,

Es decir lo que me cuesta.

—oo—

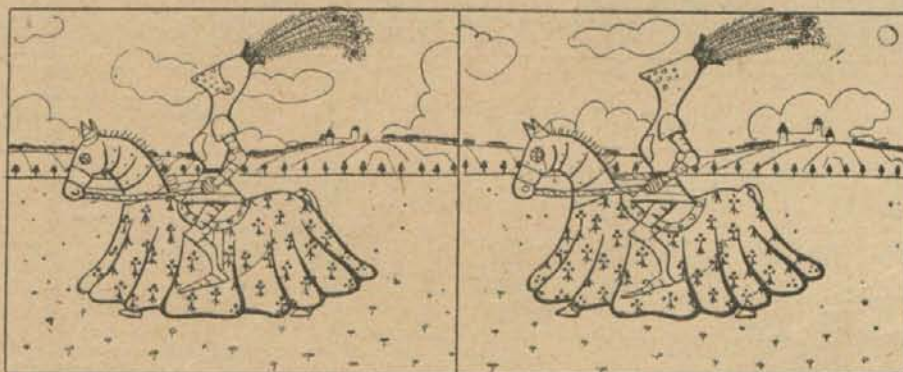
El hombre rico, con la fama casa al hijo.

¡Desencanto de jinete!



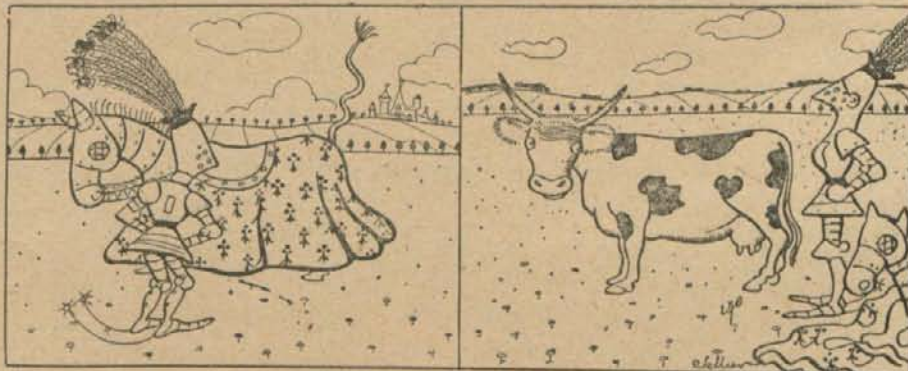
— ¡Hola! ¡pajes! ¡escuderos del diablo! que ensillen mi noble corcel.

— Y vayamos á dar una vueltecita por mis dominios.



— Nada mejor que un poco de galopar, por la mañana.

— ¡Hum! ¡hum! ¡pocos bríos tiene hoy mi pur-sang!



— ¿Estará enfermo? ¡qué cola más rara! ¡ea! ¡veamos lo que tiene!

— ¡Bribones! ¿y á esto le llaman mi noble corcel?

Gedeón ha sido nombrado alcalde de un pueblo.

Para celebrar el suceso, resuelve organizar una corrida de toros.

Y el día anterior á la fiesta, publica el siguiente aviso:

— Si llueve por la mañana, la corrida se celebrará por la tarde, y si llueve por la tarde, la corrida se celebrará por la mañana.

Pasatiempos

(Las soluciones en el número próximo.)

ENIGMA

No ha mucho que tuve vida,
Y aunque ahora muerta estoy,
Sirvo en hacer tu comida
Y en lo que tú convertida
Después de acabarme soy.

CHARADA

En un *tres prima*, que cuenta
Costumbres de edad lejana,
Admiré el ingenio rico
Del *todo* de mi charada.
Y *segunda* con *tercera*
A la pluma más galana
A que pinte, como el *todo*,
Lances de capa y espada.

—oo—

Soluciones

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA. — *Batacazo*.

ENIGMA. — *Laurel*.

LE PÊLE-MÊLE

Será la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisienses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las aves y caza para el asado.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

80 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglésa, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA de Novelistas del Siglo XX

En esta Biblioteca se publican sucesivamente novelas de insignes literatos españoles, editadas con mucho esmero.

Miguel de Unamuno. Amor y Pedagogía.

J. Martínez Ruiz. La Voluntad.

Antonio Zozaya. La Dictadora.

Timoteo Orbe. Guzmán el Bueno.

Dionisio Pérez. La Juncalera.

Rafael Altamira. Reposo.

Pío Baroja. El Mayorazgo de Labraz.

Emitio Bobadilla (Fray Candil). A fuego lento.

José del Cacho. Heces y Espumas.

Ernesto López (Claudio Frollo). Esaú.

Arturo Campión. La Bella Esau.

Luis López Aluá. La Enramada.

Ramiro de Maestu. La Mujer fuerte.

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.ª, Editores
BARCELONA

LUSTRE NUBIAN

Se emplea sin Cepillo.

Aplicándolo una vez cada quince días, rinde el calzado impermeable conservándole el brillo y el aspecto como si fuera nuevo. — Exijase el Nombre y la Marca. Para calzado de color pídase la "YOUNG'S CREAM". C. NUBIAN, 126, Rue Lafayette, París.

No empleéis sino las **PLACAS JOUGLA** PAPELES

VERDADEROS GRANOS de SALUD

del Dr. FRANK
Un siglo de clientes, por todo el mundo. Contra el ESTREÑIMIENTO y sus consecuencias: Inapetencia, Jaqueca, Embarazo gástrico, etc. EXIGID SIEMPRE los VERDADEROS con Etiqueta en 4 colores, análogo a la del margen, y el Nombre del Dr. FRANK sobre cajas azules, cuyo frasco damos también al margen. II. 50 (1/2 caja) 50 gr 3 t. caja (100 gr) Es el mejor, el más cómodo y el más barato de los Remedios. A cada caja acompaña una instrucción detallada.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en buena calle de

San Andrés de Palomar—Barcelona

Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA